

# d i s c u r s o s P R O N U N C I A D O S

en el acto de entrega de la medalla  
de oro de Granada a Antonio  
Carvajal



## DISCURSO DE ANTONIO CHICHARRO

Señor alcalde, señoras y señores con-  
cejales, señor Carvajal, señoras y  
señores:

VBI HUMILITAS IBI SAPIENTIA  
("Donde hay humildad, allí hay sabiduría"): Esta máxima lapidaria ha presidido desde su altura del patio renacentista de la antigua Universidad de Baeza, actual sede del Instituto "Santísima Trinidad", los largos años de mi adolescencia y juventud de cuando era aprendiz de hombre y estudiante de bachiller. Las palabras escritas

en la piedra también acaban por escribirse indeleblemente en nuestro corazón. Nunca las he olvidado. Nunca las he querido olvidar. Nunca las olvidaré. Pero ¿por qué afloran en mi recuerdo en el preciso instante en que me dispongo a enhebrar unas cuantas palabras verdaderas en honor del poeta Antonio Carvajal con el gozoso motivo que nos reúne en la principal estancia de la casa de todos los granadinos en este mediodía luminoso y dorado del final de la primavera? La respuesta de que tan certeras palabras emerjan aquí y ahora tiene una lógica que salta a la vista: Antonio Carvajal está lleno de sabiduría porque, a pesar de que su nombre sea conocido y reconocido en los ámbitos de la cultura literaria y figure al frente de algunos de los más hermosos libros de poesía escritos en las últimas décadas en esta lengua nuestra, posee un fondo de humildad adquirido de lo mejor de la cultura granadina y de la cultura campesina de la Vega. Su palabra poética, que no es precisamente palabra mojada ni brindis al sol y que queda rubricada por la autenticidad de su propio comportamiento, lo deja

dicho en muy diversas ocasiones con rotunda claridad.

Por eso, llama la atención en estos tiempos venales, en los que tan alto aprecio adquieren las más diversas formas de la nada, que un poeta de la altura de Antonio Carvajal manifieste sentirse no un hombre y poeta desclasado y elitista, sino “uno más entre todos, porque no diferente”, buscándose solidariamente en el tú cualquiera para intercambiar palabras gastadas y cordialidad a manos llenas como puede leerse en su poema “La somnolencia”. Por eso, no deja de atraernos también en estos tiempos de alta cotización del humo y del papel *couché* y de obras tan efímeras como hueras una apuesta tan decidida por la necesidad de lograr una obra de calidad, con vocación de permanencia, para uso y disfrute de todos los que a ella accedan, al ser el poeta un ser histórico que vive en fluencia con los demás hombres, por lo que debe dar cauce social a su propio modo expresivo, modo que debe ser de la más alta calidad al ser fruto de su especial preparación y de un esfuerzo que

no es sólo suyo, según piensa. Con estas claves expuestas, podremos comprender hasta sus últimas consecuencias poemas tan hermosos como el dedicado al pintor Antonio Pérez Pineda, en el que el poeta tras conjurar la finitud existencial, se pronuncia por un arte para la vida, sintiendo legítimo orgullo sólo por la obra bien hecha ofrecida a los demás mientras que, de otro lado, se concibe en su radical humildad, tal como podemos leer:

Hoy estás ante mí dándome aquello  
que siempre quise hacer y siempre admiro:  
Crear un mundo, trasladar el mundo,  
y hacer la vida permanente signo.

Línea sola y color, color a solas,  
colores entre líneas sorprendidos.  
Más durará el dibujo y el poema  
que quienes dibujamos o escribimos.

Y ésta es la bendición que en nuestra vida  
significa entregarnos a ejercicio  
de humildad por la nada que seremos,  
de orgullo por lo mucho que ofrecemos.

En el presente texto, sin caer en el juego de las falsas modestias, se contiene una lección más de sabiduría, como sabios por humildes son los versos de su poema "Reflexiones de un español perplejo" donde el poeta no sólo medita sobre la historia de España, sino muy especialmente sobre su propia identidad histórica proclamando que su esencia es su existencia y reafirmandose, tan granadinamente, en su mestizaje cultural e histórico. En la sección tercera del extenso poema citado, el sujeto poético se pregunta por su identidad:

¿Quién era yo? ¿Quién era aquel mestizo  
sordo y mudo, incapaz de dar respuesta  
a las supuestas voces de sus sangres?

¿Qué significan Carvajal, Milena,  
Ramírez, Nievas y Moreno, únicos  
signos exactos de una herencia incierta,  
falaz como el dolor y los recuerdos?

¿Es mi sustancia un eco de apellidos,  
los huecos de unos nombres, o es el tacto  
de una columna esbelta, de las aguas  
de un estanque entre mirtos, el sabor  
de unos guisos y el lento paladeo  
de un vino, de un licor, de aquellos zumos?

Mis ojos se acomodan  
al trenzado mudéjar y a la estría  
renacentista y mi palabra tiene  
son de Guadalquivir, rumor de Betis.  
Las ruinas corrigen mi memoria  
y el convivir me nutre de otras gentes:  
No me puedo afirmar si miro fuera,  
no me sé definir si toco dentro.

Podría estar hablando mucho tiempo, más de lo que la prudencia aconseja para este tipo de intervenciones, de los efectos discursivos de lo que es una sabia actitud humana de humildad frente a la vida por parte de nuestro poeta homenajeado. Pero no voy a hacerlo. Tan sólo traeré a la memoria de los aquí presentes los poemas de “Vísperas de Granada” por revelarse como unos textos de poesía de tema histórico, en los que el poeta se remonta a la Granada anterior a 1492, para dar voz en primera persona poética al granadino más humilde entre los humildes, al granadino sin nombre que con su trabajo anónimo ha ayudado a levantar tanta belleza que aún hasta hoy nos llega y que, ajeno a todo, no quiere la guerra, sólo la paz de su existencia. El poema “Vísperas de Granada 3” en su extrema sencillez formal resulta impresionante:

Tampoco tengo nombre  
yo, ni rango, ni casa,  
ni tierra que me acoja.  
No me tengo a mí mismo,  
como no tuve rostro  
y nunca tendré historia.  
Fui el que hizo posible  
que entre frutos maduros  
se abrieran densas rosas  
y un príncipe doliente  
tuviera en las pupilas  
fuentes, prados y corzas.

Mi vida es la constante  
canción que dijo el agua  
en las nieves remotas,  
pero nadie la escucha,  
como no escucha nadie  
la brisa entre las frondas.

Qué manera más hermosa e intensa de darle voz a un jardinero de la Alhambra, de solidarizarse con un cualquiera anónimo muerto de miedo por lo que una guerra que le es ajena le va a deparar. Qué manera más hermosa de proclamar el derecho a una vida en paz, una vida en paz entonces y una vida en paz ahora. Qué manera más intensa de ser otro y de pensar la diferencia y de administrar la tolerancia

y de contener en dieciocho versos una anónima emoción humana tan honda y verdadera.

Ante estos signos obvios de inteligente y fundamentada humildad; ante la altura estética de una obra poética en marcha cada vez más leída y siempre respetada y valorada por la crítica más exigente y autorizada desde que en 1968 apareciera su gozoso, insólito y renovador libro *Tigres en el jardín* hasta su excelente poemario de madurez *Alma región luciente*; ante la realidad de haber hecho de Granada un espacio vital intensamente vivido cuando está en él y hondamente participado cuando sale del mismo, esto es, vivido entre el dolor y el gozo, entre la atracción y el desencuentro, como todo lo que se ama de verdad; ante el hecho de haber construido una Granada signico-simbólica cuya espacialidad verbal es recorrida por los ojos de los lectores más diversos cuando se acercan a las respectivas secciones de sus *Poemas de Granada*, editados justo hace diez años por este Ayuntamiento, entre otros poemas memorables anteriores y posteriores;

ante su directa participación en la promoción de la mejor cultura de nuestra tierra, en los ámbitos de la literatura, de las artes plásticas y de la música, teniendo muy presentes sobre todo a los creadores noveles como lo ratifica el catálogo de la colección Genil de Literatura de la Diputación Provincial por él dirigida; ante el hecho de tratarse de un ciudadano cabal que interviene responsablemente, con claridad de ideas, fina erudición y, a veces, aguda ironía, a través de sus artículos en la vida cultural y política de la ciudad, sin pedir nada para sí y manteniendo una permanente defensa del interés público y de los bienes simbólicos, de los que sólo somos, no se olvide, usufructuarios; ante la aplastante realidad de estos hechos no cabe desde luego sino el reconocimiento.

Por eso, es un acierto que esta Corporación haya decidido por unanimidad hacer entrega de esta alta distinción a Antonio Carvajal, distinción que, al provenir de una institución política tan próxima, es especialmente significativa, relevante y querida no sólo para quien la recibe, sino

también para sus conciudadanos por lo que supone de reconocimiento público de una persona conocida y de un modelo ciudadano. En este sentido, el Ayuntamiento de Granada en pleno distingue al poeta al tiempo que a un ciudadano ejemplar, un ciudadano libre e insobornable, entregado con generosidad a hacer la mejor vida posible entre nosotros y a no hurtar a nadie que quiera leer su obra la belleza y el temblor de la vida, lo único que de verdad tenemos. De esta manera se distingue a un artista de la palabra que, con Granada en el corazón, está dando lo mejor de sí mismo por la cultura de nuestra tierra y cuando hablo de cultura no engolo la voz, porque la cultura es un plural conjunto de prácticas que una sociedad concreta lleva a cabo para organizarse y poder así sobrevivir. Entre ellas, cómo no, las prácticas propias de la cultura literaria. Pero, para hacer caer en la cuenta de lo que trato de decir cuando hablo de la cultura literaria como una actividad de supervivencia, sólo me basta formular un par de interrogaciones retóricas: ¿Cómo sería la vida de todos y cada uno de nuestros días vividos sin

poesía, sin novelas, sin películas, sin arte, sin música, sin el despliegue plural de la inteligencia creadora que es propia de los seres humanos? ¿Cómo sería nuestra existencia sin poder levantarnos sólo unos centímetros de la superficie de la tierra carentes de todo poder de significación, de simbolización, de ficcionalización?

Después de lo que acabo de exponer, después de haber señalado esa continuada lección de generosidad creadora y de responsabilidad ciudadana por parte de Antonio Carvajal, se comprenderá la conveniencia, acierto y oportunidad, puesto que el poeta está vivo y muy vivo, de hacerle entrega de la Medalla de Oro al Mérito de la Ciudad a quien se siente “uno más entre todos, porque no diferente”, pero que en realidad es uno de los mejores entre nosotros. En este sentido, el Ayuntamiento de Granada honra al poeta, pero también se honra a sí mismo por esta decisión plenaria y unánime. No todas las instituciones saben despegarse del pragmatismo político cotidiano y de la gestión de los recursos para practicar el arte de la

gratitud y poner en una situación rara a quien ahora mismo estaría encantado de estar impartiendo sus clases o de estar tomando café con sus amigos. Dar una medalla de oro a quien ha vuelto de oro las palabras-monedas que nos intercambiamos todos los días es devolverle parte de lo que nuestra sociedad le debe, aunque no quiera reconocerlo. Por eso, está bien que se entregue con esta medalla no sólo una pieza de un metal noble, sino un símbolo de la luz solar y de una suerte de corazón mineral de la tierra, un símbolo por tanto de lo superior, tal como se practica desde los albores de nuestra cultura. Sé que muchas personas que no están sino en la memoria arderían de gozo de ver cómo el hijo, el amigo o el discípulo recibe esta dorada y luminosa distinción de la muy noble y mítica ciudad de Granada.

Señor alcalde y querido amigo, señoras y señores concejales, les agradezco de todo corazón la invitación que me han hecho para pronunciar estas pocas palabras verdaderas en honor del poeta Antonio Carvajal. Pero sobre todo les

agradezco en mi nombre y en el de muchos de los aquí presentes, y con esto termino, que hayan sabido vestir de oro la humildad, porque donde hay humildad allí hay sabiduría.

Gracias.